

# **EL “MONTECRISTI” ES EL MEJOR SOMBRERO DE PANAMÁ, PERO ¿POR CUÁNTO TIEMPO?**

**POR HARRY ROSENHOLTZ**

En Montecristi, Ecuador, el arte de tejer sombreros de Panamá está muriendo lentamente. Dos generaciones atrás había dos mil tejedores pero en la siguiente generación su número disminuyó a doscientos y hoy en día quedan apenas veinte tejedores. Como los actuales maestros tienen ya entre setenta y ochenta años, dentro de una generación puede no quedar ni un solo tejedor. Apenas se dispone de tiempo para enseñar a los aprendices el arte de tejer, ya que los sombreros más finos toman por lo menos dos meses de trabajo y los mejores hasta ocho meses.

Obviamente, es una ironía que los sombreros mundialmente conocidos como sombrero de Panamá, provengan del Ecuador. Pero durante siglos los sombreros de paja han sido tejidos en la pequeña y melancólica ciudad costera de Montecristi. A diferencia de los demás sombreros, los “Montecristi finos” son simplemente los mejores sombreros de paja del mundo, a tal punto que su material desafía toda descripción. Si sus tejedores mueren, los tesoros de Montecristi corren el riesgo de desaparecer.

Brent Black, ex-director creativo asociado de Saatchi & Saatchi, en San Francisco, no está dispuesto a que esto ocurra. Hace ocho años, Black empezó una odisea que eventualmente lo llevó a Montecristi, al norte de Guayaquil, en la costa del Pacífico ecuatoriano. Lo que había empezado como una pasión por fotografiar los sombreros, pronto se volvió su misión de mantener vivo el arte de tejer estos sombreros. En realidad la búsqueda de Black empezó en México, en la ciudad de Mérida, en Yucatán, donde leyó una guía con descripciones de un sombrero de Panamá crudo que se tejía en aquella región.

“No fue fácil” –dice Black ahora. “no hablaba español, e inclusive los libreros y vendedores que hablaban algo de inglés no lograban entender lo que yo quería. Nadie sabía qué era un sombrero de Panamá. En Mérida llamaban “jipijapas” a estos sombreros”. Gracias a un librero finalmente logró fotografiar a unos tejedores de una ciudad cercana. Pero de vuelta a San Francisco, Black conversó de su búsqueda con alguien que asistía a un cóctel. Aquel abogado, que conocía acerca del Ecuador, le habló de los sombreros y específicamente de los “Montecristi”. La información llevó a Black a una extensa investigación acerca del sombrero de Panamá e incitó su deseo de ver la elaboración de un “Montecristi” con sus propios ojos.

“No hay muchos turistas gringos en Montecristi” –Black se ríe. “Así que cuando alguno aparece, está condenado a llamar la atención. Y es que no hay tazón para que uno visite Montecristi, excepto para comprar sombreros”

“Así que un día aparecí por allí. Me jalaba de las mangas un autonombrado “guía” de un metro treinta, husmeaba mis piernas un perro de ancestros algo cuestionables, y ante

mí se extendía el legendario pueblo de Montecristi. Por decir lo menos, no era lo que yo había esperado”.

“Supongo que me había imaginado un pueblito pintoresco, de gran colorido, con sus venerados artesanos trabajando pacientemente en los talleres, pero la realidad fue muy diferente. Montecristi es más bien monótono. Las construcciones de uno o dos pisos son en su mayoría de madera y bambú, y simplemente se funden con la colina seca y polvorienta donde se asienta la ciudad. No hay ningún colorido allí. Los desocupados y los perros se acomodan en cualquier sombra que encuentran. Los niños juegan en las calles y en las áreas abiertas. A veces los cerdos vagan por aquí o por allá. No hay hoteles. No hay restaurantes. El pueblo tiene agua corriente sólo durante un par de horas por la mañana”.

“Así que, un poco decepcionado, me dejé ir a mi buena estrella y seguí a mi guía colina arriba”.

Luego de una breve pausa en que fue presentado a los veinte y tantos miembros de la familia del guía, Black caminó con éste a la casa-taller-depósito del más importante distribuidor de sombreros Montecristi. Era una edificación bastante sólida, de dos pisos, con ladrillos rojos y cuadrados. Una puerta grande, de madera, de unos ocho centímetros de grosor, estaba abierta para permitir el paso de la luz hacia el taller de unos seis metros cuadrados. Un hombre trabajaba tejiendo el ala de un sombrero y otro estaba cortando las largas pajas que emergían del interior de otro sombrero. Más o menos una docena de sombreros en distintas etapas de acabado yacían a sus pies.

“Sentí que me había metido en una leyenda” piensa Black. “Allí estaban los “Montecristi finos”. En realidad tuve que recoger uno y examinarlo de cerca para ver la trama del tejido. A tal punto llega la finura de su tejido”.

Black fue presentado a los distribuidores. Conversa fue difícil pues Black sabía apenas unas pocas palabras en español y el distribuidor no hablaba inglés. Con la ayuda de un diccionario, señalando objetos y desplegando muchas sonrisas, Black dice que logró informarles que estaba interesado en los sombreros y que iba a permanecer allí durante una o dos semanas.

“Era y es muy importante para mí hacer negocios tal como se hacen en Latinoamérica, no como se hace en Estados Unidos” dice Black, cuyo tono de voz y ademán de acercarse delatan su honestidad. “no quería aparecer en la ciudad, comprar los sombreros y desaparecer. Esa es la manera en que la mayoría de los gringos hacen negocios allá. Al revés, yo quería conocer a la gente y que ellos me conocieran antes de que el dinero cambiara de manos”.

Black añade que los tejedores se sorprendieron cuando puso una silla a su lado y se sentó. El distribuidor dio a Black una pila de sombreros para que los examinara y le preguntó si quería comprar alguno. Black dijo que sí, pero no en ese momento. “Mañana” añadió en español. El distribuidor sonrió, puso su propia silla cerca de Black y continuó contando y ordenando los sombreros.

Sentado entre los tejedores durante la mayor parte de aquella semana, Black aprendió de primera mano acerca del oficio, la historia y la leyenda del sombrero “Montecristi

fino”. De cuando en cuando Black revisaba los sombreros que le ofrecían, poniendo a un lado los que iba a comprar y constantemente preguntaba si había otros que fueran aún más finos.

Los tejedores explicaban que los sombreros real y verdaderamente finos son cada vez más raros. Según sus propias estimaciones, acaso quedaba en total veinte maestros tejedores, y negaron con la cabeza cuando les preguntó si los niños estaban aprendiendo el oficio.

Existe una razón para que el oficio muera: el trabajo es muy duro. Los sombreros más finos se tejen sólo durante la noche, cuando refresca, pues así se evita que el sudor del artesano dañe la paja machacando al sombrero, lo cual puede ocurrir durante los húmedos y calientes días ecuatoriales. Se teje sentado e inclinado, con el pecho del tejedor apoyado en un pequeño cojín que yace sobre un bloque de madera, sus brazos extendidos hacia abajo, mientras los pulpejos trabajan en la fina paja. No es una postura simplemente incómoda, es dolorosa. Los de la generación joven, si alguna vez tejen, prefieren trabajar en piezas más simples como careras de mujer, abanicos y figuras de animales, cuya elaboración toma menos tiempo y esfuerzo.

“Supongo” –murmulla Black “que la cuestión no es tanto porque la gente no quiere tejer agachada durante toda la noche, sino porque se desarrolló esta técnica y porque la han practicado durante siglos. A veces pienso que un muy buen ingeniero industrial podría estudiar el proceso e inventar algún dispositivo o algo que permitiera a los tejedores crear los sombreros sin tener que tejer en las posturas tradicionales”.

A lo largo de la semana, Black tomó fotos de los tejedores mientras trabajaban en los acabados de las alas o cortando las pajas que emergían de los sombreros. Fue bien acogido y lo llevaron a otras casas donde trabajaban otros tejedores.

“Durante aquella primera e increíble semana, sencillamente me enamoré de la gente, los sombreros, su tejido, la forma de aquel arte. Y decidí hacer algo más que comprar unas cuantas docenas de sombreros. Pues había encontrado una misión. En adelante, quería preservar este arte, evitar que dentro de dos o tres generaciones el mundo no pudiera utilizar, admirar y atesorar los “Montecristi finos”.

Desde aquella primera visita, Black ha realizado numerosos viajes a Montecristi. Se ha involucrado profundamente con los tejedores y la comunidad. A menudo compra grandes cantidades de comida que se distribuye entre los tejedores y sus familias en las épocas en que escasean los trabajos del tejido y disminuyen los ingresos familiares. Ha llevado a algunos de los viejos tejedores a Manta, a hacerse ver con el oculista. También les envía regalos de Navidad todos los años y, por supuesto, cada fotografiado recibe una copia de su foto. Si visita Montecristi, usted verá las fotos de Black en casi todas las casas.

Según algunos de los panfletos de Black sobre los sombreros de Panamá, a éstos se los teje con distintas clases de pajas de todo el mundo: paja caribeña, polinésica, filipina, malasia, china, africana y así sucesivamente ¿pero por qué los sombreros tejidos en el Ecuador han llegado al exaltante primer puesto en todas las jerarquías? Una de las razones más importantes radica en la calidad de la paja.

La paja proviene de un tipo de palma, conocida en la jerga científica como *Carludovica palmata*. En el Ecuador, se llama toquilla y los sombreros son conocidos con el nombre de “sombreros de paja toquilla”. Pero si bien esta palma se da en forma espontánea desde Panamá, en el norte, hasta Bolivia en el sur, y ha sido introducida con éxito en la provincia de Yucatán, en México, sin embargo sólo en la costa del Ecuador las condiciones para su crecimiento son óptimas.

Las palmas crecen abundantemente de manera espontánea, pero casi puede decirse que son cultivadas por quienes “cosechan” sus hojas. Se cortan los retoños aún no abiertos con un machete. Luego se quita la hoja verde que constituye la vaina. Se desechan las nervaduras, los filamentos y los bordes gruesos. Entonces, se ponen los cogollos de la palma, verde pálidos y abiertos, dentro del recipiente de 50 galones, llenos de agua. Bajo el recipiente, el fuego hace hervir el agua. Luego de más o menos una hora, los cogollos de la palma se sacan del agua y se tiende a secarse en cordeles. A medida que se secan, las largas fibras se contraen y curvan a lo largo de sí mismas hasta formar fibras cilíndricas de aproximadamente un metro de longitud. Se corta cada fibra en hebras aún más delgadas y se vuelve a hervir y secar la paja una vez más.

Sólo entonces la paja está lista para los tejedores.

Los tejedores de sombreros cortan longitudinalmente las hebras de paja hasta obtener el grosor que más les conviene para su trabajo. Los mejores tejedores trabajan con hebras tan finas que uno tiene que mirar muy de cerca el sombrero para detectar tramas del tejido. “Son increíbles”-afirma Black. “La textura parece más de lino fino que de paja”. Se tejen los sombreros a partir del centro y se los trabaja hacia el borde el ala. Cuando se llega al extremo de una hebra de paja, se la junta mediante un nudo diminuto a la siguiente hebra. Esto forma a su vez pequeños anillos o vueltas dentro del sombrero. Algunos sostienen que el número de vueltas dentro de un “Montecristi” tiene relación directa con su calidad. Black no está de acuerdo. Dice que el número de vueltas constituye una indicación de la finura del tejido, no es sin embargo una manera confiable de evaluar la calidad total del sombrero.

“Sería como contar el número de anillos de un árbol para decidir qué altura tiene”-dice Black. La metáfora es apropiada. Cuando mucho, el número de vueltas puede tener relación con la finura de la paja, pero si la paja ha sido mal tejida, y tiene agujeros o nudos en exceso, entonces el sombrero no es de gran calidad.

Black recomienda atenerse a los siguientes criterios cuando se elige un “Montecristi”: la fineza y ceñido del tejido, la regularidad compacta del “reverso del tejido”, la delgada banda al filo del ala. “Si usted está buscando un sombrero fino”-advierte Black, “nunca compre uno cuyo borde haya sido cortado, plegado hacia abajo y cosido”. Su ira se enciende cuando habla de lo que considera una insultante afrenta a este sombrero tejido a mano. Es un atajo que se toma a menudo en el acabado de los sombreros para que el borde tenga siempre el mismo ancho.

“Los más finos sombreros tienen- en realidad no se cómo describirlos...” Black busca las palabras “Casi parecen tener un fulgor. Producen una suerte de pureza visual” Se ríe de su propia pasión por estos sombreros. “Para mí, es casi como si tuviera una aura o halo a su alrededor”.

En relación a estos sombreros, el arte de tejerlos no es el único arte amenazado de extinción. También está desapareciendo la práctica del fino hormado manual de estos sombreros. “Cuando regresé de Hawai luego de aquel primer viaje, con ciento y tantos “Montecristi finos”, tuve que buscar a alguien que los hormara. Pues eran sombreros sin hormado, Los topes planos, La copa redonda, de paredes rectas. Ninguna guarnición de cuero. Ninguna cinta. Nada. Sin hormado y acabado, no era posible venderlos”.

“Empecé a preguntar a los comerciantes de sombreros en Hawai y en el continente. Nadie conocía a alguien que pudiera hacer aquel trabajo para mí. Pronto tuve que telefonar en todos los Estados Unidos, siguiendo las pistas más escurridizas. Gracias a una mezcla de persistencia y de suerte encontré finalmente a Michael Harris de Paul’s Hat Works, en San Francisco”.

“Michael es increíble” dice Black. “Creo que es “el mago de la paja”. Reverencia igual que yo a estos sombreros. Y sabe cómo moldearlos y darles acabado de tal forma que el arte del sombrero se afina en lugar de rebajarse. Los moldea a mano, uno por uno, a menudo utilizando instrumentos que no se han vuelto a fabricar en décadas y técnicas que están del todo perdidas y olvidadas. Cuando acaba su trabajo, el sombrero sigue tan suave y flexible como en Montecristi. Apenas subsiste un puñado de moldeadores que pueden hacer eso”.

Para Black era algo crucial que la integridad de este arte se prolongara tal cual hasta consumido. Así, nunca ha utilizado aprestos ni ha ofrecido sombreros con los bordes cortados y cosidos. Siempre quiso asegurarse de que la gente luciera lo que los tejedores habían tejido.

Hoy en día, Black distribuye sus “Montecristi finos” a través de Kula Bay Tropical Clothing, en Hawai, y Worth & Worth en Nueva Cork. Black insiste en negociar con proveedores que aprecien el nivel del oficio y el sentido histórico de estos panamás finos. El sombrero cuesta de 350 a 750 dólares si es un “Montecristi” básico, y hasta más de 10.000 dólares se es una pieza con calidad para museo. También se pueden adquirir sombreros en sombrererías de calidad como el Paul’s Hat Work en San Francisco. Hay varias otras calidades de sombreros panamás que son más accesibles y de precio más cómodo para el público en general. En la mayoría de las ciudades grandes del Ecuador se encuentran sombreros de un tejido más grueso, pero incluso esos sombreros poseen la verdadera marca de los panamás tejidos a mano: los pequeños círculos concéntricos tejidos desde el centro de la plantilla de la copa hacia abajo. Al tejedor o a los tejedores les puede tomar unas pocas horas el completar estos sombreros. Curiosamente, estos panamás mantienen a menudo características del tejido propio de cada región. Cuenca, al sur de Quito, es el lugar de origen de un diseño de punto espigado particularmente atractivo, con el tejido bastante tupido e intrincado. El precio de un sombrero de paja más convencional varía entre 50 y 110 dólares, y los mejores mantienen su suavidad al usarse.

Los proveedores que ofrecen este tipo de sombreros de paja recorren toda la escala e incluyen a Barney, Neiman Marcus, Bigsby & Kruthers y J. Peterman; usted puede averiguar si alguna tienda importante en su localidad tiene estos sombreros de paja tejidos a mano. Los compradores deberían estar siempre precavidos ante afirmaciones de los vendedores que proclaman que sus sombreros son los auténticos “montecristis” cuando en realidad pueden ser sombreros de una paja de menor calidad. Vale la pena

constatar la calidad del panamá con un sombrero experto como los de Paul's Hat Workers en San Francisco o Worth & Worth en Nueva Cork. Si usted está en Hawai, los auténticos "Montecristi" se venden en los puestos de Kula Bay Tropical Clothing de los principales hoteles.

A la final, el público que compra estos sombreros será el factor determinante del futuro de los "Montecristi". "La única manera de salvar este arte es crearle una demanda" explica Black. "En los últimos años, he logrado adquirir más "Montecristi finos" que todos los demás compradores juntos. Como consecuencia, ahora hay más tejedores con trabajo que en los últimos veinte años. Da buenos resultados. De hecho puede que estemos salvando este arte. Pero aún tenemos mucho camino por delante".

Hace un año más o menos, Black sejó a Ogilvy & Mather para trabajar a tiempo completo en estos sombreros. A más de las operaciones diarias de la importación, venta al por mayor, y búsqueda de proveedores adicionales, Black se ve a sí mismo como alguien directamente involucrado con los tejedores, cuyos esfuerzos estimula y recompensa lo mejor que puede.

Black ha dado los primeros pasos para proponer la creación de un museo de sombreros panamá, proyecto que requiere de la participación del gobierno ecuatoriano. Está convencido de que es vitalmente necesario que los artesanos sientan que su arte es apreciado. También quisiera auspiciar un concurso anual que otorgaría un premio monetario sustancial al "Montecristi" más fino. Piensa que todo esto serviría para que los tejedores se sientan estimulados a buscar los niveles más altos de su arte, y también a que los jóvenes sientan deseos de continuar este oficio. Black ya ha diseñado un programa para numerar y registrar cada "Montecristi fino", de manera que la gente que adquiere un sombrero sepa la importancia que posee.

Pero ante todo, Black quisiera que el público estuviese consciente de los talentosos artistas que crean estos tesoros y que se esfuerzan por pasar su arte de una generación a la siguiente. "Cuando alguien nos compra un "Montecristi fino" de hecho está comisionando que otro sea tejido. Es la única manera de que estos tesoros continúen existiendo".

